

---

# Los eternos

JACK KIRBY

Panini, 2015



Los aficionados a Kirby siempre tenemos varias buenas razones para aplaudir con las orejas cada vez que Panini saca un tomo recopilatorio de alguna de sus obras. La primera buena razón es que estas reediciones son, en muchos sentidos, sustancialmente mejores que las que hace Mamá Marvel. En lugar de usar papel satinado como hacen al otro lado del océano, Panini utiliza en su colección Omnigold (y ahora en la nueva Marvel Limited Edition) un tipo de papel más convencional donde los colores no quedan ni tan saturados ni tan brillantes como los de las recopilaciones norteamericanas. Pero la segunda buena razón es incluso más importante: aquí, las tiradas de Panini parecen ser más coherentes con la demanda y no alcanzan los precios estratosféricos que suelen alcanzar con el tiempo en el mercado anglo-sajón. Para hacerse una idea: apenas pasados ocho años desde su edición, el primer tomo de la

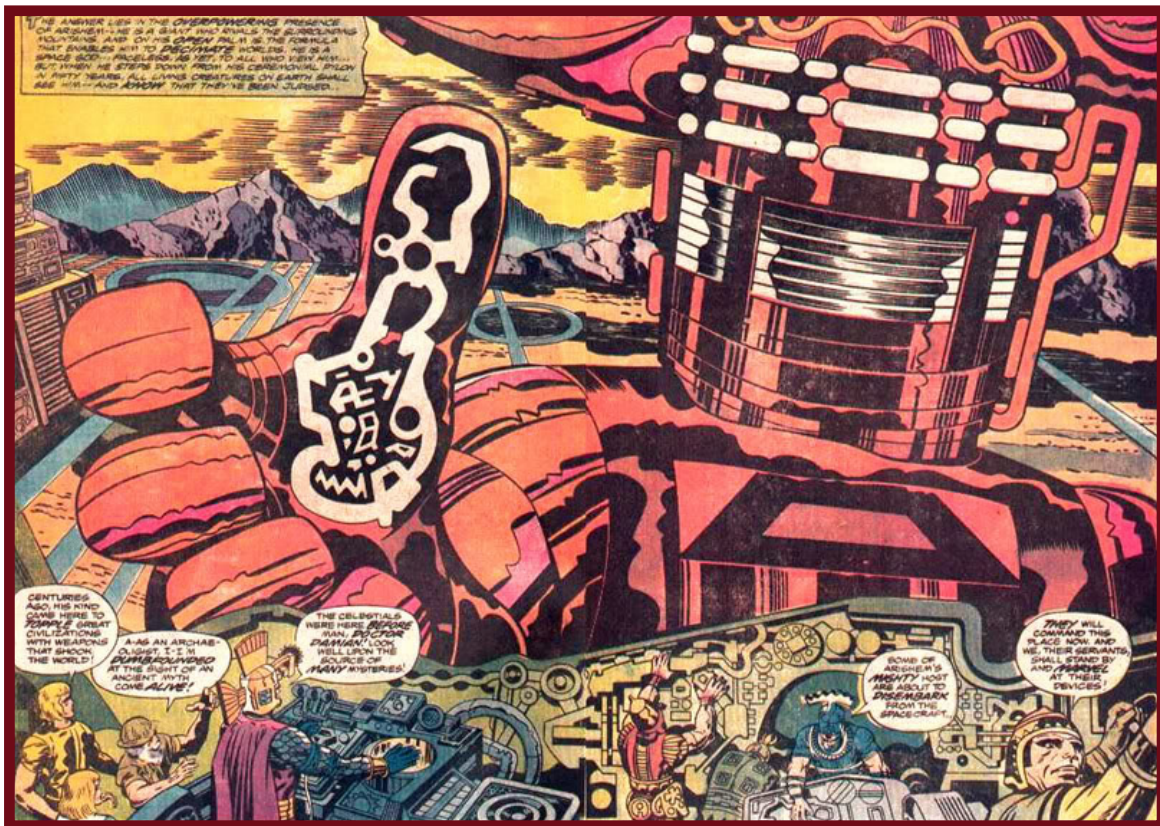
reedición estadounidense de *Los eternos* anda por unos 150 dólares, y eso que solo contiene la mitad del material que ahora Panini reúne de forma íntegra en este tomo.

Sin embargo, esto que a lo mejor es de interés para el coleccionista, poco le importará al aficionado que se acerque a Kirby con la única intención de leer una buena historia. La pregunta es: ¿es eso lo que se va a encontrar? Difícil de decir. Hablar de una buena historia cuando hablamos de Kirby es como decir lo mismo sobre una película de Terrence Malick. El argumento no es nada más que la excusa que nos lleva hacia lo que verdaderamente interesa al autor: la experiencia alucinatoria y, por qué no decirlo, la búsqueda de la divinidad. Y si esto es así en casi todas las obras de Kirby a partir del 70, año en el que abandona sus viejas creaciones de la Marvel, lo es aún más para *Los eternos* (1976), la obra que estaba destinada a ser su canto de cisne jungiano después de la estrepitosa cancelación de *El cuarto mundo* (1973).

*Los eternos* están basados en una premisa del escritor suizo Erich von Daniken, un personaje tan antipático como interesante que parece haber salido del mismo molde en el que fabricaron al Frank Abagnale de *Atrápame si puedes*. Según von Daniken, el origen de la vida humana ha

de encontrarse en el espacio exterior. Y no es que algunas bacterias arrastradas por meteoritos alcanzasen la corteza terrestre y diesen origen a la vida en este orbe, como sugirieron otros partidarios más sensatos de la *panspermia* durante los 70, tipo Timothy Leary o Robert Anton Wilson. No, es que vinieron los extraterrestres para plantar aquí, ellos mismos, la vida humana. Al contrario que Ridley Scott, a quien le bastó con tirar un puñado de ADN a un río, los extraterrestres de von Daniken tuvieron que copular con nuestros ancestros, o al menos así es como lo expresa nuestro suizo, porque decir “follarse a los monos” hubiera sido una imagen demasiado indecorosa para sugerirla en voz alta delante de la familia a la hora de la *fondue* de queso.

Eran los 70, amigos. El arte mesoamericano acababa, como quien dice, de abrirse camino hacia Occidente y bastaba con mostrar unos relieves extraños, difíciles de interpretar, para convencer a algunos, los mismos que leían a J.J. Benítez, de que tales dibujos no eran más que astronautas. Unos años antes el LSD había sido legal en todo el mundo y el descubrimiento de la psicodelia, por lo menos en los Estados Unidos, había abierto la mente de mucha gente a todo tipo de nuevas creencias. Algunas, tan descabelladas como esta. Al lector no iniciado, o mejor dicho, al lector que solo conozca los clásicos de Kirby en la Marvel, le podría parecer que después de dejar *Los cuatro fantásticos*, lo que hizo el Rey del Cómic fuera ponerse a tantear los temas más populares de la literatura pulp New Age en un intento de recuperar a su público o de encontrar uno nuevo. Pero no. Nada de eso. En realidad Kirby no estaba dejándose llevar por las modas, sino que empezó a explorar de manera bastante consistente algunos de los rasgos culturales y filosóficos de un modo de vida y de pensamiento que le resultaba fascinante y al que, desde el año 70, llevaba dedicando algunos de sus cómics más interesantes: *Forever People*, *Kamandi* y, sobre todo, *Jimmy Olsen Superman's Pal*. Me refiero a la cultura y al modo de vida *hippie*.



---

Si en el *Cuarto mundo* el modelo de Kirby era *Dune*, tal vez la obra literaria popular que mejor haya condensado la filosofía psicodélica, así como la afinidad de esta con el taoísmo, en *Los eternos*, Kirby recurre al panteón griego para exponernos sus ideas, las ideas que la cultura psicodélica manejaba acerca de los mitos. Los mitos son figuras inmutables que han existido a través de los siglos con diferente nombre y que nosotros podemos evocar en nuestros sueños, en nuestros trances, independientemente de que conozcamos su existencia o no. Son representaciones del inconsciente colectivo, en palabras de Carl Jung. Arquetipos. Aunque Kirby tiene una manera más pop de explicarlo, claro está: vinieron unos extraterrestres superpoderosos, estilo Galactus, y fabricaron en sus laboratorios (lo del follar tampoco era muy propio del Comics Code) tres razas diferentes: Los “eternos”, a los que conocemos bajo la forma y apariencia de los antiguos dioses griegos; los “deviants”, unos bichos muy feos y más malos que los Harkonnen; y los... “humanos”. O sea, nosotros. El caso es que los Celestiales dichosos (porque así es como se llaman los extraterrestres superpoderosos) han vuelto para juzgarnos y, bueno, los eternos van a ayudarnos a probar nuestra valía; esto es: el viejo argumento arquetípico que tan bien encarnó Estela Plateada y que, no por nada, le valió a este personaje el ser adoptado como uno de los iconos centrales de la cultura hippie, como diría Kirby, sin ser yo nada de eso.

No creo que *Los eternos* sea su obra más interesante en cuanto a su relectura hippie de la cultura estadounidense (creo que, en este sentido, son mejores *Devil Dinosaur* y algunos episodios de la secuela kirbiana de *2001: Panini*, ¿me oyen?), pero sí es indudablemente uno de los títulos donde Kirby da más rienda suelta a su estilo alucinatorio, abstracto y psicodélico: no en vano, aquí en *Los eternos*, el Rey se inspira explícitamente en un estilo artístico, el maya (y no el inca como nos sugiere en el propio tebeo) que estaba directamente relacionado con la ingesta de setas psicocibes y ayahuasca.

Algunas de las imágenes de Kirby que más rápido, directo y con más fuerza impactan en el lóbulo frontal se encuentran aquí, en *Los eternos*. Comparar la primera aparición de Galactus en *Los cuatro fantásticos* (1966) con la del celestial Arishem en *Los eternos*, es como comparar la imagen de Forrest Gump sentado en su banco con la súbita aparición de Orson Welles en aquel portal de *El tercer hombre*. Por alguna razón, esos garabatos grabados en el dedo gigantesco del mudo Arishem resultan mucho más amenazadores e inquietantes que la atronadora voz de aquel dios de la Marvel que dice venir a devorar la Tierra. En *Los eternos*, como ya lo consiguió en *El cuarto mundo* y lo volverá a conseguir, ya por última vez, en *Devil Dinosaur*, Kirby se acerca más que nunca a la representación de la emoción pura: lo desconocido lovecraftiano en el dedo de Arishem, el sentido de la maravilla en el descenso de la nave de los Celestiales, la desmesura del poder en esa portentosa escena en que un Celestial destruye la ciudad sumergida de los deviants, etc.

No es *Los eternos* el lugar donde buscar una historia coherente, pero las artes narrativas no siempre se caracterizan por su coherencia; en cualquier caso, se trata más bien de saber dónde buscar. Al que le apetezca leer una historia coherente sobre mitología comparada, que lea *Sandman*. Pero al que le apetezca leer una verdadera obra de arte, que lea *Los eternos*.

Pero los de Kirby, ¿eh?

ROBERTO BARTUAL